

RICARDO A. LATCHAM

1903-1965



Ricardo A. Latcham. Fotografía de Rodolfo Auras, enero de 1959

EL HOMENAJE DE 'ATENEA' A DON RICARDO A. LATCHAM

EN EL MES de marzo de 1929 apareció la primera colaboración de don Ricardo A. Latcham en la revista *Atenea*, bajo el título de *Reflexiones sobre el viaje*. Desde esa fecha hasta septiembre de 1958, la suma de trabajos con que contribuyó a fortalecer las perspectivas culturales que se han expresado permanentemente en las páginas de esta publicación universitaria, alcanzó al número de sesenta y seis, y ellos constituyen una síntesis de la lección que él supo dar, con generosidad y ánimo increíbles, en la cátedra, en el libro, en el periódico, en la polémica o en la conversación. Un análisis de los temas desarrollados por don Ricardo Latcham en esas crónicas, ensayos y comentarios sobre escritores europeos, americanos y chilenos, sería suficiente para mostrar la dimensión de sus intereses y para poner en evidencia su voluntad comunicativa de las múltiples incitaciones que le sugería el mundo literario. Como en todo lo que escribió, es posible sorprender en estas colaboraciones de *Atenea* el signo mayor de su vocación americanista, pero es necesario señalar cómo también apunta en ellas la profesión de fe en los valores hispánicos, a través de sus notas sobre Unamuno y García Lorca, por ejemplo; y cómo fue en esta revista donde dio a conocer uno de los aspectos de su personalidad, casi siempre ignorado por sus críticos: el del narrador que potencialmente había en él y que surge en los relatos titulados *La sombra del abuelo* e *Historia del jesuita, de Gaby y el millonario*, fuertemente enriquecidos por la presión de elementos autobiográficos.

En el transcurso de su largo magisterio universitario, Ricardo Latcham se propuso y logró suscitar en sus discípulos la inquietud por América, por comprender su realidad y avizorar su destino; por eso fue en su cátedra, como quería Mariano Latorre, más un explorador que un pedagogo, más un poeta que un expositor de materias. Es indudable que tal actitud respondía a su avidez intelectual frente a todos los estímulos del pensamiento, lo que le situaba en el polo opuesto de ese equívoco concepto de especialización denunciado como bár-

baro por Ortega; y porque no le fue ajeno nada de lo que guardara relación con las manifestaciones del espíritu creador, parece lícito fiarlo en la reducida corporación de nuestros humanistas verdaderos, tal vez como el último exponente de una clase ya casi extinguida entre nosotros y cuyo saludable imperio en la vida cultural del país será cada vez más difícil de restablecer.

Son éstas las razones que motivan el homenaje de la revista *Atenea*. En el número anterior, su director, don Milton Rossel, se anticipó a proponerlo, destacando "el ingente trabajo de este escritor que se dio con pasión y entusiasmo, con voluntad e inteligencia, al estudio de la historia y de las letras y a su divulgación e interpretación".

De acuerdo, pues, con lo que adelantara el director de la revista, hemos invitado a participar en este homenaje a diversos escritores extranjeros y nacionales. La inevitable perentoriedad de un plazo, indicado para la recepción de los trabajos, explica la ausencia de algunos intelectuales americanos, que hubieran deseado vivamente concurrir a esta publicación. Creemos, sin embargo, que las indagaciones acerca de la personalidad y de la obra de Ricardo Latcham que aquí se desarrollan, configuran de manera muy fiel la variada imagen del animador insustituible de los cuatro últimos decenios de nuestra existencia cultural.

Hemos considerado oportuno reproducir cinco testimonios, anteriormente publicados. El trabajo de Mariano Picón Salas —*El cordial visitante*— fue leído por su autor con motivo de la inauguración de un curso sobre Literatura hispanoamericana, profesado por don Ricardo Latcham en Caracas, en los primeros meses de 1956; el de Carlos Martínez Moreno corresponde a sus palabras de despedida, en nombre de la intelectualidad uruguaya, durante el homenaje celebrado en la Universidad de la República, al finalizar su gestión diplomática en el Uruguay; los de Carlos Real de Azúa y Mario Benedetti y la semblanza de Alone, aparecieron en la prensa de Montevideo y de Santiago, respectivamente, a fines de enero de este año.

El ágora de don Ricardo Latcham estuvo en todas partes; pero una de sus tribunas fue *Atenea*, y es justo —ahora que él ya no está entre nosotros— que se reúnan en estas páginas la simpatía fervorosa, el buen espíritu crítico y la admiración sin fronteras, y traten de rescatar, para el tiempo venidero, la presencia del hombre que no rehuyó ninguna empresa que pudiera iluminar el pasado de América y enaltecer su presente.

PEDRO LASTRA.